CENTROAMERICA: LA TRANSICION AUTORITARIA HACIA LA DEMOCRACIA

E. Torres Rivas*

Centroamérica exhibe hoy día una variedad de experiencias históricas que tienen en común la búsqueda de alguna modalidad democrática que a su vez pueda constituir el punto de partida para alguna forma de crecimiento con desarrollo. El estancamiento de todos estos años es tan grave como la guerra o la dictadura, y sin cambios profundos en la desigual estructura del reparto de la riqueza social no habrá ni paz ni democracia. Los déficits sociales son agudos.

De todas maneras, hay una etapa en la vida de toda sociedad en la que los conflictos y las oposiciones sociales pueden y deben ser reguladas. En que el conflicto que unas veces dinamiza la vida social y económica termina por ser factor de estancamiento y crisis. La posibilidad de acuerdos o transacciones aparece en la experiencia histórica directamente vinculada a la instalación de regímenes democráticos. Los antecedentes de esta posibilidad son múltiples pero aparecen asociados a alguna forma de modernización y cambio. Los regímenes políticos dan paso a formas democráticas porque pueden establecer y respetar normas destinadas a enfrentar el conflicto social y a resolverlo. Sin esa condición ninguna estructura democrática es posible, cualquiera que sea la definición que se intente proponer.

No es esta ninguna propuesta teórica sino una simple comprobación empírica que tanto es útil para comprender los procesos de 'transición' que se viven en Centroamérica, como para examinar las precondiciones para el establecimiento de sistemas democráticos en cualquier latitud o época. El punto de partida tiene que ser la noción de qué tipo de democracias es posible ir construyendo en una transición que se origina desde estructuras autoritarias de larga duración, regímenes despóticos que

Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

acompañaron constitutivamente el surgimiento de los Estados nacionales y, por añadidura, que se han visto fortalecidos en prácticas, valores e ideologías que las justifican en esta etapa de insurgencia popular, armada y de masas, o en situaciones próximas a ella.

En otras palabras, se trata de una transición *sin deselance previsible*. Es como empezar a construir un puente, ladrillo a ladrillo, si ver todavía la otra orilla. Existe la voluntad y se ha empezado. Pero vale la pena recordar que en este caso lo autoritario que se intenta superar no corresponde a una respuesta frente al fracaso de los populismos que en Centroamérica no existieron, ni tampoco se explica aquel como la necesidad de disciplinar la mano de obra para proseguir o asegurar la profundización del capitalismo (propuesta por la teoría de lo burocrático-autoritario). Si lo autoritario tiene un carácter *orgánico*, su substitución no corresponde simplemente a una crisis coyuntural política, sino a un largo proceso de luchas que en Centroamérica se asocian a la crisis del orden oligárquico, tantas veces estudiadas, y a las batallas políticas por su modificación. La transición, si así puede hablarse, constituye en consecuencia un largo proceso de luchas que se exarcebaban desde 1975/77 y significan enfrentamientos armados, violencia estatal y respuestas populares de similar magnitud. La guerra civil se convierte en una de las modalidades de la transición a la democracia. La victoria del sandinismo es parte de esa búsqueda. Todo esto tiene consecuencias decisivas para el cambio que se busca, sobre todo el de saber si de la guerra puede resultar la democracia.

La democracia no sólo es un tipo de régimen político sino también una determinada forma de sociedad. Acá nos interesa más lo primero que luego facilita lo segundo. Es más fácil alcanzar un régimen político democrático que una sociedad que también lo sea. Pero ni uno ni otro puede ser asumido como un tipo ideal extraído de múltiples experiencias históricas. Por el contrario, asumimos un punto de partida intermedio. Ya se trate de un conjunto de instituciones o de prácticas, sea una herramienta para facilitar la toma de decisiones por la mayoría, o un medio para construir el consenso, sea un programa reivindicativo, lo que resulta imprescindible es que se trate de un proceso de modificación, de cambio, que asegure que los conflictos de intereses, las luchas reivindicativas, puedan conducir a nuevas formas de participación política, de integración social, de representación. *La democracia posible* es la estructura política de fuerzas sociales que se proponen ir más allá de lo existente, como un esfuerzo utópico permanente (como programa o proyecto) para modificar las relaciones del Estado con la sociedad; de gobernante con los gobernados. En el centro de la idea de *democracia posible* está el conflicto social que la amplía y la lleva hasta sus límites históricos. No se busca la unidad; es la diversidad de fuerzas sociales cuyos conflictos pueden y deben llevar al consenso.

1. La guerra o el fracaso de la política

No puede negarse que la guerra es la continuación de la política por otros medios. El *dictum* de Clausewitz no puede ser puesto en duda sino sola-

mente a condición de atender el discurso en el que el mismo se produce. Los otros medios, constituyen en su utilización y desarrollo el fin del diálogo. Los medios de que se vale la política para hacer la guerra constituyen el fracaso de la manera de hacer política. O tal vez propiamente de una manera particular de hacerla: la conducta colectiva que tiene previsiblemente dos parámetros institucionales, uno, *el Estado* como depositario del poder por el que se lucha; otro, *el Partido*, como la organización instrumental de la voluntad de poder (que se defiende o pretende). Ello supone un escenario común y una racionalidad compartida por quienes contienden. Es la forma de hacer política en un escenario democrático liberal: es el interjuego de los partidos, la práctica del sufragio, de lo legal y de lo público aceptando formar parte de una estrategia de orden, de permanencia.

Pero como hacer política en las condiciones de dictadura es luchar por la democracia, ello plantea de inmediato una ruptura, una discontinuidad, en el escenario deja de ser el mismo y la competencia se transforma, lenta o rápidamente, en lucha. La referencia al Partido se altera y su conducción se vuelve subversiva y entonces, hacer política es el desorden, el caos permanente, el tratar de empezar en el sentido que lo autoritario es la disciplina, el orden, el tratar de terminar. Hacer política en situaciones de crisis es hacer de la crisis una expresión política: la lucha contra el orden es la lucha contra el sistema, contra lo previsible que radica siempre en una condición de fuerza. En última instancia, esta aparece con un despliegue total. Es el momento de la guerra.

En esta perspectiva, la política se realiza para negarse. La explicación sicologista, disfrazada de teoría, dice que la política es el triunfo de la racionalidad sobre los instintos y la guerra el desenfreno de los mismos, de la emoción desbocada. Está aquí la noción Hobbesiana del orden y la legitimidad, logrado por una fuerza superior que se impone al conjunto de propietarios para evitar una guerra de todos y entre todos. Se acepta la limitación de la libertad que el ordenamiento estatal propone en nombre del individuo, cuya realización (como propietario) hay que garantizar. Pero la dictadura no define hacer la política de la manera prevista. La hace de otra manera, vaciándola de sus contenidos, despolitizando la vida pública, obligando forzosamente al desinterés por el poder y con ello, redefiniendo los espacios de la vida cotidiana. Conduce a la pasividad o a la resistencia, en ambos casos a una situación límite, total.

En estas condiciones, surgió la guerra en Centroamérica, definida propiamente como un conflicto armado en que fuerzas sociales polarizadas recurren a la fuerza para alcanzar objetivos claramente identificados como intereses de clase. La guerra civil es siempre una forma de lucha de clases. Es su expresión mayúscula. No se conduce como una guerra entre naciones y por ello su lógica es distinta. Lo que define a la política es que la lucha por el poder se realiza por medios políticos; tal como lo propone S. López (López, 1987:4) que la lucha por el poder se realice por medios políticos define la política; que ella se haga por medios militares define la guerra. ¿Qué es lo que hace que la guerra sea la continuidad de la política? ¿El cambio de medios o el cambio de fines? En las condiciones de la sociedad

centroamericana, con la crisis del poder oligárquico y su manera de hacer política, el hacer la guerra constituye su más evidente fracaso. Los medios cambian pero también el fin. Se busca la destrucción política de una clase que se reveló incapaz para organizar la sociedad sobre bases democráticas. Se habla del fracaso de la política que el autoritarismo oligárquico no permitió. Que la dictadura impidió.

Con otros propósitos, Delich sentencia que la dictadura se instala siempre en el límite de la política (Delich, 1982:131). Esta clausura de la política implica restricciones a la sociabilidad (solidaridad) como desmovilización, la despolitización del Estado para dar la imagen de que su naturaleza es esencialmente administrativa, técnica, instrumental y la despolitización de la política como componente ideológico, finalmente supone el monopolio del discurso que a la larga conduce a la monotonía y al silencio. Se trata, propiamente, de argumentos poderosos a favor de un componente básico de la estructura autoritaria: hacer la política de otra manera, concentrándola en el Estado, reduciendo el ámbito de lo público, politizando a su vez de otra manera la sociedad.

La lucha contra la dictadura no es por ello directamente la tensión por construir la democracia. Existió y aún perdura en Centroamérica la mediación de la guerra. Lo que hemos llamado la transición ocurre desde el momento en que el conflicto político se instala y utiliza recursos de violencia. Si la dictadura desvaloriza la política no logra evitarla; la lucha por superar la estructura autoritaria vuelve externa la política a sus referentes contemporáneos, el Estado y el Partido. Se hace la guerra por encima o al lado de (los) partido (s) y no en referencia al Estado, sino en abierta contradicción con el Poder, para destruirlo. Es este el sentido del fracaso de la política que deberemos explicar.

2. Los partidos políticos en época de crisis

Constituye una verdad de sentido común que los partidos políticos tengan hoy día una posición privilegiada en relación con otras formas organizativas en la sociedad o en relación con el Estado. La significación del funcionamiento de los partidos tiene en consecuencia una extrema variabilidad que depende de contextos nacionales en los que el conflicto social, o meramente los intereses sociales, son institucionalizados, captados o reprimidos. Es decir, de la capacidad de institucionalizarlos a través de mecanismos previstos para que no devengan en conflictos/enfrentamientos políticos. La previsibilidad frente a tales eventualidades es lo que da el carácter democrático o no a una sociedad. En ese sentido, la existencia de un sistema-departidos pasa a constituir una condición del carácter democrático de esa sociedad.

Dada la historia centroamericana en general, y en particular en aquellas sociedades nacionales donde han imperado largas situaciones de dictadura, la naturaleza política del partido político se debilita. La razón elemental de este decaimiento es que esa naturaleza íntima está dada por la doble condición del poder por el que se lucha y la manera como este se ha cons-

tituido.¹ En otras palabras, el partido desempeña su condición de tal en la sociedad contemporánea cuando se constituye como un 'agente' de solidaridades e identificaciones colectivas frente al Estado y cuando al transformarlas o redefinirlas las convierte en demandas políticas.

En situaciones de dictadura esta función de representación y mediación está debilitada, como lo prueban las llamadas "democracias de fachada" en Centroamérica, especialmente los regímenes políticos de Guatemala y el Salvador, entre 1960 y 1980/2, por períodos en Honduras y por largos trechos en la Nicaragua de los Somoza. En situaciones de crisis, ni la representación ni la mediación del sistema político pueden constituirse. Hablamos de crisis, como ella ha sido definida en este período histórico de Centroamérica, como la crisis del poder oligárquico y del Estado, resultado de una movilización popular-revolucionaria (sujeto) que supone una coincidencia multclasista de masas armadas. La crítica de las armas desborda la violencia de la política y se transforma en violencia militar. La crítica del orden tradicional por medio de las armas es un resultado directo de la forma previa de hacer política bajo el dominio de los viejos y atrasados intereses agrarios. Se trata, evidentemente, de un proceso de descomposición sin retorno que es causa y efecto de la violencia, cuando la fuerza de la guerra dicta la naturaleza del conflicto. En estas condiciones es el funcionamiento del Estado mismo el que entra en crisis. Y los partidos políticos, por añadidura.

La crisis es, en consecuencia también la de toda forma política de organización precedente. Y esto es más cierto para las fuerzas de izquierda que para los partidos de la derecha. Sin embargo, en general, cuando el descontento popular aumenta de tamaño y crece cualitativamente, es decir cuando su radicalización aumenta, ello se expresa de manera original en la creación de nuevas formas de organización, espacios inéditos para la protesta (en el inicio, iglesias, toma de instituciones públicas, embajadas, en su posterior desarrollo, las calles de la ciudad y la montaña, el bosque, el barranco). En los hechos, la calidad del conflicto desborda la organización tradicional del tipo partido o sindicato, para ser sustituida por la creación de frentes de lucha, movimientos llamados con cierto eufemismo 'organizaciones político-militares'.

Ni aún en Costa Rica, donde la situación ha sido diferente ha habido una democracia de partidos políticos. El régimen de partidos funcionó en este país antes de 1948 si se acepta que estos son 'estados mayores' sin tropa, agrupación de notables alejados de la 'vil multitud' (Thiers) y hasta hace muy poco, un puñado de políticos reunidos por vínculos de parentesco y amistad lo que le da continuidad precaria a una estructura ausente por

¹ Los partidos agrario-conservadores de los países escandinavos por ejemplo, han estado en la oposición hasta cuarenta años, frente a una socialdemocracia firmemente arraigada en la sociedad, legitimada no solo por las victorias electorales sino por los cambios sociales que han modernizado tales sociedades. Aquellos partidos no han perdido su condición política por el hecho de no acceder al poder en tan largo período. Pero nadie dudaría de la naturaleza competitiva del poder y de la existencia de reales condiciones para luchar por el control del mismo.

abajo. Esta "estructura" corresponde ciertamente a la manera tradicional y oligárquica de la vida de los partidos común a toda latinoamérica. Su surgimiento mismo fue problemático en Centroamérica en el momento de la Independencia (1821-23) que revulsionó los intereses criollos. De la disputa por el libre comercio y las relaciones con la Iglesia, de la oposición de las provincias a Guatemala y algunos otros temas, surgieron los partidos llamados 'liberal' y 'conservador', etiquetas sin referencia ideológica precisa y a la luz de la historiografía reciente, como expresión familiar, elitista, de diferencias económicas a veces difíciles de establecer (Woodward, 1974:61-78).

Tales tiendas partidarias se mantuvieron sin solución de continuidad, salvo cambiando de nombre en momentos de mimesis electoral. Contradictoriamente, la vida política del largo período oligárquico necesitó de la existencia de partidos como mera formalidad; el hecho que esta formalidad no haya estado ausente indica que en el sistema político era condición de participación para los miembros de la elite organizar una estructura mediadora, por provisional, cerrada y patrimonial que fuera. En Honduras y Nicaragua el bipartidismo se mantuvo como la denominación permanente de dos facciones pugnares en el interior de un pequeño grupo autorrechutante. La política era un asunto de clase y estuvo siempre viva y actuante entre intelectuales. Partidos liberal y conservador se mantienen como tal hasta hoy día en esos dos países. En los otros fue permanente la pretensión ideológica pero con un ropaje cambiante. ¿Eran estos realmente partidos? ¿Qué es lo que define un partido hoy día?

Nos interesa señalar con alguna precisión el papel de los partidos políticos en esta coyuntura, calificada por una nueva óptica para resolver la crisis: la recomposición del sistema político mediante el recurso electoral y un nuevo papel protagonista a la organización partidaria, la renovación de la 'cohorta' gubernamental en la que los militares aparezcan con menor visibilidad, aunque sin abandonar su función básicamente contrainsurgente, la apelación ideológica a valores democráticos como parte de una campaña destinada a desacreditar lo que no reúne los requisitos, en abstracto, de una democracia del tipo norteamericano.

Esta ola 'democratizadora' reúne factores coyunturales favorables. El más imponente es que nadie, ni aún las fuerzas sociales o políticas de mayor vocación autoritaria se pronuncian en su contra. Coincide con el deterioro de los regímenes autoritarios en algunos países del cono sur y con una generalizada coincidencia de que cualquiera que sean los problemas de la sociedad latinoamericana, el primero que debe ser resuelto es el problema político. En el terreno de la política todos los otros pueden encontrar respuesta. En el momento de la crisis económica, la cobertura democrática-liberal parece la más apropiada para enfrentarla en sus peores efectos sociales o para mayor eficacia de los instrumentos correctivos del ajuste. El último de estos factores es de origen interno y tal vez por ello, el decisivo. Se origina y expresa en la voluntad de cambio sea en relación a las 'democracias-de-fachada' que acompañaron al despliegue de la contra-insurgencia (Guatemala-El Salvador), sea frente a gobiernos militares, cuya ineficacia fue superior a su ilegitimidad (Honduras).

La voluntad democrática tiene raíces populares; la subordinación política y la arbitrariedad burocrática experimentada por amplios sectores sociales originó en parte la crisis en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Lo hemos dicho en otro momento: el escenario de la crisis estuvo dominado por las luchas democráticas frustradas y por la reincidencia en olvidar que la democracia burguesa, para ser estable, descansa en el control e integración de las clases subalternas. Por ello mismo, resulta contradictoria la pasión, urgencia y recursos de la política exterior del gobierno norteamericano por implantar regimenes democráticos, a través de la utilización del sufragio, de los partidos políticos, de la reinstalación de la legalidad (juricidad) de la autoridad, reconociendo como antes no lo hicieron la majestad propia de la función judicial y la naturaleza constituyente de la función legislativa. Como antes nada de esto funcionó bien, existe la inercia popular que compara y se satisface con poco.

De todas maneras la vida política en toda la región ha colocado en el primer plano a los partidos políticos y a una lenta y contradictoria conformación de su sistema político, cuya legalidad y permanencia descansa en bases totalmente deleznable: el respaldo del ejército, el apoyo múltiple norteamericano, la adhesión siempre provisional de los grandes intereses económicos a aceptar los resultados del juego partidario. La crisis política, que no ha sido superada en ningún país, filtra sus efectos a contrapelo de las intenciones de quienes afirman la posibilidad democrática. Pero lo primero que hay que recordar es que la existencia de partidos no es señal segura del lugar y la importancia que puedan tener como el instrumento democrático para articular el descontento social y la gestión del conflicto. La tentación corporativa se agiganta en épocas de crisis. A ello se agrega que los nuevos partidos se constituyen en referencia al Estado y con un débil anclaje en la sociedad, tal como sucede en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, es decir más como mecanismo del Estado que de la sociedad y por ello, no como partidos que son instrumento de la integración nacional sino mecanismos de la democracia política (Liliana de Riz, 1987:46).

Finalmente, habría de establecer el grado en que la crisis política, especialmente en su dimensión de violencia anticampesina, ha roto las lealtades paternalísticas y ha desorganizado las redes tradicionales entre la comunidad campesina y su exterioridad política: la iglesia, la filial partidaria, el comisionado militar, el terrateniente. Los partidos funcionaron con base en clientelas electoras que se originaron siempre en el seno de una estructura paternalística y jerárquica, que parecía pasar de padres a hijos y dar continuidad a vínculos que no permiten el ejercicio democrático de la libertad de elección.

En efecto el paternalismo es un fenómeno de liderazgo en condiciones sociales muy atrasadas. ES por ello una forma de dominación social por la que quien lo ejerce otorga beneficios, compra lealtades para recompensar con influencias, distribuye favores para ganar voluntades, todo lo cual se hace en el marco de una cultura tradicional que da por implícita y natural esta condición. El cultivo del carisma forma parte de la relación social vinculante, que no tiene obligadamente que expresarse siempre en la vida política. La estructura paternal es a veces totalitaria en el sentido de

abarcar toda forma de relación. La política centroamericana fue hasta hace poco una buena expresión de nuevas y viejas relaciones paternalísticas, incluyendo su componente de corrupción y arbitrariedad, pero sobre todo por la dificultad objetiva para que la identidad personal pueda corresponder a la existencia social y no quedar sepultada por nociones morales de gratitud, honor, favor, servicio.

Con todas las limitaciones señaladas, en Centroamérica ha habido en los últimos cinco años ocho elecciones presidenciales, incluyendo Panamá. Y tomadas en cuenta las reservas que puedan hacerse a algunas de ellas, en todos hay gobiernos civiles resultado de un sufragio en donde la abstención varió del 51.1 % al 17.0 % y en las cuales compitieron cincuenta y cinco partidos políticos. (*Ver cuadro I*).

3. La función histórica de los partidos

Cuando se argumenta que la guerra es el fracaso de la política casi se está pensando en los medios privilegiados de ésta, en sociedades donde el sistema político es substancialmente sistema de partidos. La historia de Centroamérica exhibe con respecto a esto un sinnúmero de excepciones que la crisis política se ha encargado de subrayar en aspectos donde el protagonismo corresponde a las fuerzas de derecha o cuando ella es encabezada por las fuerzas de izquierda. Ambas tendencias del espectro, montañeses y girondinos, prescinden del partido cuando se trata de hacer la defensa (y no la mera representación) de los intereses de clase que reclaman. Solo los hombres del 'pantano' son partidócratas. Los partidos de izquierda y particularmente el Partido Comunista quedaron sobrepasados con el desencadenamiento de la crisis después de 1975. Tal como lo indicamos en otro lugar (Torres-Rivas, 1986:93) estos partidos fueron durante muchos años los representantes de la clase obrera y por añadidura de otros sectores subordinados. Proclamaron con conciencia programática la identidad de los intereses del proletariado con su accionar político al autojuzgarse vanguardia esclarecida de la clase. La izquierda centroamericana hasta antes de 1970 puede decirse que fue izquierda marxista y en este proceso de reduccionismo histórico lo marxista en política era militancia comunista.

Hoy día advertimos que probablemente los Partidos Comunistas —leños de experiencia clandestina, víctimas de la ferocidad policial, leales a las convicciones de la III Internacional— suplieron con abanegación y voluntarismo las lagunas que una defectuosa percepción histórica les venía produciendo: por un lado, olvidaron que el campesinado era la fuerza elemental subvertora del orden tradicional; por el otro, reconocieron con diverso grado de entusiasmo el papel dirigente que la burguesía estaba llamada a desempeñar en la renovación del orden oligárquico-colonial, encabezando frente al imperialismo las batallas por la soberanía nacional. La tragedia de estos partidos ha sido, paradójicamente, que conocieron y se enfrentaron primero a la oligarquía terrateniente, a su Estado y a sus recursos ideológicos antes que a la burguesía, exagerando por rechazo el papel que a esta le asignaba la teoría. Cuando la crisis llegó, original como todo proceso

CUADRO 1

Elecciones presidenciales: partidos ganadores, abstención y otros datos
—Porcentajes—*

	1981	1982	1984	1985	1986
HONDURAS					
Abstención	n.d.			17.0	
P. Liberal	53.9			51.1	
P. Nacional	41.6			45.4	
P. que compitieron	5			4	
COSTA RICA					
Abstención		21.4			18.2
P. Liberación Nac.		58.8			52.3
P. Unidad		33.6			
PUSC					45.8
P. que compitieron		6			6
PANAMA					
Abstención			24.8		
UND			47.0		
AD			46.6		
P. que compitieron			7		
NICARAGUA					
Abstención			24.6		
FSLN			67.0		
P. Conservador			14.1		
P. que compitieron			7		
EL SALVADOR					
Abstención			51.1		
DC			43.4		
Arena			29.8		
P. que compitieron			8		
GUATEMALA**					
Abstención				30.0	
DC				38.6	
UCN				20.3	
P. que compitieron				12	

* Abstencionismo como porcentaje de electores inscritos.

** Datos sobre la primera vuelta.

Fuente: Gallardo, M. E. y R. López. *Centroamérica: la crisis en cifras*. Costa Rica, FLACSO-IICA, 1986.

revolucionario, planteó tareas y exigió alineaciones para las cuales no estaban preparados. Quedaron desarmados política y militarmente. En su lugar, surgieron los movimientos políticos nacional-revolucionarios, encabezados por vanguardias político-militares.

Las fuerzas de derecha tuvieron organizaciones políticas pero no programas preciso ni siquiera alguna forma de articulación orgánica con una ideología congruentemente reaccionaria. Copiaron mal o se inspiraron peor en el franquismo español de los 40s y mantuvieron como eje de toda su actividad una campaña anticomunista. Eran como cruzados de la defensa religiosa, de la propiedad privada y portadores de una vaga posición anticomunista. En otras palabras, los partidos conservadores adoptaron el anticomunismo desde la 2a. Postguerra; de hecho, el anticomunismo lo matizó todo como una cerrada oposición a los cambios sociales. La predicación anticomunista se apoya no solo en una visión maniquea de la sociedad, sino en una inversión del mundo real y por ello constituye una fuente de alienación eficaz: en los procesos sociales, las posiciones políticas dejaron de corresponder totalmente a las formas diversas de existencia social, que son contradictorias. Pobres y ricos, explotadores y explotados pueden quedar unificados en una conducción anticomunista.

Cuando la crisis se desencadena, los partidos conservadores también quedaron sobrepasados por la fuerza de los hechos. Fueron inoperantes y retrocedieron para dejar en posición beligerante a otras formas de organización y de defensa del orden. De hecho, es el ejército y variadas formas paramilitares (financiadas o co-dirigidas por sectores empresariales) los que encabezan las luchas. Pero ya no es la política la que practican, sino la guerra. Hoy día, con todos los intentos de recomposición de fuerzas, la derecha tradicional empieza a ser sometida a la prueba de las elecciones y en la competencia por el apoyo popular no resultan de ninguna manera malparados.

Pero antes de tocar ese tema, vale la pena señalar rápidamente la experiencia centroamericana de cómo los partidos son funcionales para la derecha en unos momentos y de cómo para otros son inoperantes. Por ejemplo, las batallas políticas más importantes —estrategias de ajuste estructural con ocasión de las presiones del Fondo Monetario, rechazo a la política impositiva y tributaria, legislación social y de servicios, política de empleo y salario y hasta la política exterior con ocasión de la seguridad y la guerra— han sido encabezadas en todos los países de Centroamérica por las organizaciones gremiales. Los partidos son útiles en momentos de elección. Pero cuando se trata de combatir una medida de reparto agrario o nuevos tributos, los partidos de la derecha retroceden y dejan el espacio a representantes mejor dotados por la fuerza de la organización y de la ideología que manejan, para pelear con éxito: las cámaras gremiales.

No es posible relatar la turbulencia desatada con ocasión de la reforma agraria, la nacionalización bancaria y del comercio exterior en El Salvador (1979-80) y el papel jugado básicamente por la ANEP (Asociación Nacional de la Empresa Privada); y para poner otro ejemplo, las batallas anti-fiscales (contra el paquete tributario recomendado por el FMI) libradas por el CACIF (Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, In-

dustriales y Financieras) de Guatemala, para la Semana Santa de 1985. Con posterioridad, las contradicciones se han mantenido enfrentando al gobierno demócrata cristiano. No es casual que la batalla que los partidos de la derecha perdían en el Congreso trataba el CACIF de ganarla en la calle, convocando a dos paros nacionales exitosos en 1986-87. Ejemplos testimoniales de la conducta abiertamente política del COSEP (Consejo Superior de la Empresa Privada) los ofrece reiteradamente la crisis nicaragüense en los últimos años. Aquí ocurre mas bien una exacta división de tareas y no una sustitución como en los casos de Guatemala y El Salvador. También hay reparto de funciones realizadas con profundidad y talento en Costa Rica, donde las fuerzas conservadoras utilizan el Parlamento para unas cosas y los medios de comunicación que les pertenecen, para otras. La Unión de Cámaras y Asociaciones de la Empresa Privada (UCCAEP) también cumple un papel político socialmente más atrasado de la región, tiene un sistema político más 'aggiornado'. El sistema partidario funciona pero admite en sus momentos de crisis la mediación del COHEP (Consejo Hondureño de la Empresa Privada) y del movimiento sindical-campesino. Los últimos grandes acuerdos —con ocasión de la crisis interestatal con Suazo Córdoba en mayo de 1984 y luego el trámite para aceptar una modificación electoral que permitiera la multirrepresentación partidaria, en octubre de 1985 — fueron logrados porque las Fuerzas Armadas, el COHEP y los sindicatos concertaron un pacto que los partidos aceptaron de mal grado.²

En síntesis, la crisis centroamericana también ha sido una crisis de los partidos políticos, que no desaparecieron en el vértigo de la lucha sino guardaron una prudente espera. Han sido abiertamente recompensados después de 1982/84 cuando la estrategia contrainsurgente redefine el espacio en que la crisis se desarrolla y traslada al plano de la política lo que la situación de guerra ya no permite o no necesita por esos medios alcanzar. Llamó profundamente la atención la convocatoria la convocatoria a elecciones a Asamblea Constituyente en El Salvador en 1982 y dos años después, igual convocatoria para Guatemala. Las elecciones a Constituyente fueron seguidas en ambos países para elecciones presidenciales (1984 y 1986, respectivamente), en tanto la opinión internacional y otros factores internos llevaron a realizar elecciones similares en Nicaragua en 1984.

Todo ello ejemplifica acerca de una situación inédita: no es necesaria la pacificación total (como ausencia de guerra) para que en la estrategia contrainsurgente aparezca como necesario el recurso electoral. ¡Para derrotar a la revolución la política democrática! Es difícil imaginar, a contrapelo de las experiencias de los tres países mencionados, luchas democráticas paralelas y guerras civiles. Parecen obedecer a lógicas implacablemente opuestas.

² Junto a las organizaciones gremiales, existen además, creaturas de la AID que las apoyan directamente y tal es la función de la Fundación para la Investigación y el Desarrollo Empresarial (FIDE) en Honduras, la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico (FUSADES) de El Salvador, la Coalición Costarricense de Iniciativas de Desarrollo (CINDE), y otras.

la protesta y del descontento social ya puede establecerse (y controlarse) por intermedio de la vieja e inoperante estructura partidaria, que en los momentos de mayor peligro exhibieron impudicamente sus verguenzas. Los partidos y las elecciones vuelven a ser funcionales al orden. La política intenta reconstituir su dignidad para moverse democráticamente en el centro del espectro. La transición que señalamos como un proyecto puede o no conducir a la democracia posible.

La tradición centroamericana de debilidad del Estado representativo y de la democracia liberal no van a mejorar fácilmente en las actuales condiciones de crisis económica y guerra. La organización partidaria no es suficiente para lograrlo. Son varios los enemigos que dificultan que el partido unifique las luchas sociales con las instituciones políticas y en consecuencia, que trabajen juntos en una estrategia democrática como sustitución de la táctica de la guerra.

El *primero* de ellos, tal vez por ahor el menos importante, es la ausencia de partidos de izquierda, es decir, de proyectos de justicia social con cambios impulsados por sectores populares, por hoy marginados de la vida política. El *segundo enemigo*, más importante, lo constituye las fuerzas militares, porque todavía constituyen una alternativa poderosa apoyadas en un Estado contrainsurgente, que no perdió sus facultades para las operaciones especiales, ni para el control nacional o el poder de voto.

También es un *enemigo creciente* la tentación corporativa, que viene a ser una forma de interacción entre organizaciones de intereses patronales, vinculados a funciones especiales que se originan en la división interna del trabajo y con sectores del aparato estatal. Es la fuerza de los gremios empresariales incorporadas a la función estatal, al margen y en detrimento del partido. Lo corporativo es un proceso de relacionamiento social y político entre organizaciones que asumen la representación de intereses *monopólicos* y el Estado. Son cada vez más poderosas y más frecuentes las prácticas neocorporativas en la región.

El problema en este aspecto es cómo combinar la lógica corporativa (que es representación monopólica) con las necesidades pluralistas. No se trata de la representación parlamentaria, que es democrática. El corporativismo puede surgir desde el Estado o desde la sociedad. La idea es que no todo lo que se origina desde la sociedad es democrático. ¿A qué condujeron las políticas conservadoras de 'fortalecer' la sociedad civil? Al aumento del poder empresarial y del mercado, al éxito del neoliberalismo que desde la sociedad pone en jaque continuo al Estado, cada vez más debilitado (Jessop, 1982).

Con lo corporativo se negocia todo, el conflicto y la ganancia. ¿Todos ganan? Hay un intercambio que no tienen nada de democrático. Es el regreso al mercado y a su lógica total. La democracia política y el juego de partidos tienen una función complementadora de las funciones esenciales, reproductoras del mercado, cuya libertad es la primeray la mayor. A ella deben someterse los designios democráticos de la política. Así, el liberalismo, es la desvalorización de la política porque traslada a la economía las decisiones estatales.

La sociedad parece ser el reino de la espontaneidad; los liberales la

dejan sometida a la fuerza invisible, de esos que operan en el mercado. La política resulta superflua y las políticas de los partidos son solo fermentos de desorden o actos superfluos ante la función ordenadora del mercado. La difusión de esta ideología, profundamente antidemocrática, tiene un éxito notable hoy día al impulso de organismos creados por la AID, que respalda con vigor financiero e ideológico las organizaciones gremiales.

El último enemigo de la transición democrática y de los partidos lo constituye la política exterior norteamericana, decisiva e influyente entre sus viejos y nuevos aliados. El abandono de los aliados de la derecha puede ser provisional ante las dificultades que enfrentan los políticos del pantano. La crisis no da espacios suficientes frente a intentos de desvalorizar la política o sustituirla por la guerra. Al jugar a una política de doble vía, ambidextra, los norteamericanos se aseguran mayor control y mejores posibilidades de éxito.

Todo este conjunto de consideraciones tienen un punto de resumen: por diversas razones, a cuales más contradictorias unas de otras, parece iniciarse una etapa de democratización por vía autoritaria. Es necesario empezar a ver la otra orilla para que el puente que se está tendiendo tenga base segura. Pero además, para que sea útil y sepamos adónde conduce.

BIBLIOGRAFIA

- Lechner, Norbert, *¿Qué significa hacer política?* (DESCO, Lima).
1982
- Vega, Juan Enrique, "Política y Estado: apuntes e hipótesis para una reflexión sobre 1983 sus interrelaciones", en *Teoría y Política en América Latina*, (CIDE, México).
- Torres—Rivas, *Centroamérica: La democracia posible* (EDUCA, San José).
1986
- Delich, Francisco, "Teoría y Práctica Política en situaciones de Dictadura", en *¿Qué 1982 Significa Hace Política?* (DESCO, Lima).
- De Riz, Liliانا, *Política y Partidos Políticos, un ejercicio comparado*, (SINTESIS 1987 No. 2, mayo-agosto, Madrid).
- Duverger, Maurice, *La Democracia sin el Pueblo* (Ariel, España)
1967
- López, Sinesio, *La Política, la violencia y la Revolución* (A mimeógrafo, Lima).
1987
- Woodward Jr., Ralph Lee, "Orígenes económicos y sociales de los partidos políticos 1974 guatemaltecos, en *Anuario de Estudios Sociales Centroamericanos*, No. 1. Costa Rica.
- Coraggio, José Luis, Asumir a Nicaragua. . . en *David y Goliath*, (Año XVII, No. 52)
1987
- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe y Escritos Políticos* (Aguilar, Madrid).
1961
- Jessop, Bob, *The capitalist state, marxist theory and Method*, (Oxford, Martín 1982 Rabson).
- Cerroni Humberto y otros, *Teoría Marxista del Partido Político*. Cuadernos de Pasado 1969 y Presente, 7, Córdoba.